

**Leer con atención la siguiente adaptación del cuento "Los pocillos" de Mario Benedetti.**

Los pocillos eran seis: dos rojos, dos negros, dos verdes. Habían llegado como regalo de una amiga y el comentario había sido que podía combinarse la taza de un color con el platillo de otro. “Negro con rojo queda fenomenal”, había sido el consejo estético de Enriqueta. Pero Mariana, en un discreto rasgo de independencia, había  
5 decidido que cada pocillo sería usado con su plato del mismo color. “El café ya está listo. ¿Lo sirvo?”, preguntó Mariana. La voz se dirigía al marido, pero los ojos estaban fijos en el cuñado. Este parpadeó y no dijo nada, José Claudio contestó: “Todavía no. Esperá un ratito. Antes quiero fumar un cigarrillo.” Ahora sí ella miró a José Claudio y pensó, por milésima vez, que aquellos ojos no parecían de ciego.

10 La mano de José Claudio empezó a moverse, tanteando el sofá. “¿Qué buscás?”, preguntó ella. “El encendedor.” “A tu derecha.” La mano corrigió el rumbo y halló el encendedor. El pulgar hizo girar varias veces la ruedita, pero la llama no apareció. Entonces Alberto, que estaba parado detrás de José Claudio, encendió un fósforo y vino en su ayuda. “¿Por qué no lo tirás?”, preguntó. “No lo tiro porque le tengo cariño.  
15 Es un regalo de Mariana.”

Ella se acordaba. Fue cuando él cumplió 35 años y todavía veía. Después de almorzar arroz con mejillones en casa de sus padres, se habían ido a caminar por la playa. Él le había pasado un brazo por los hombros y ella se había sentido protegida, probablemente feliz o algo semejante. Habían regresado al apartamento y él la había  
20 besado lenta, morosamente. Habían inaugurado el encendedor con un cigarrillo que fumaron a medias. Ahora el encendedor ya no servía. ¿Qué servía aún de aquella época?

“Este mes tampoco fuiste al médico”, dijo Alberto.

25 “¿Y para qué voy a ir? ¿Para oírle decir que tengo una salud de roble, que mi hígado funciona admirablemente, que mi corazón golpea con el ritmo debido, que mis intestinos son una maravilla? ¿Para eso querés que vaya? Estoy podrido de mi notable salud sin ojos.”

Toda una calamidad que él no pudiese ver; pero esa no era la peor desgracia. Lo peor era que estuviese dispuesto a evitar, por todos los medios a su alcance, la ayuda  
30 de Mariana. Él menospreciaba su protección. Y Mariana hubiera querido —sinceramente, cariñosamente— protegerlo.

Bueno, eso era antes; ahora no. El cambio se había operado con lentitud. Ella seguía siendo eficiente, de eso no cabía duda, pero ya no disfrutaba manteniéndose solícita. Él estaba agresivo, dispuesto siempre a herir, a decir lo más duro. Era  
35 increíble cómo hallaba la injuria refinadamente certera, la palabra que llegaba hasta el fondo. Y siempre desde lejos, desde muy atrás de su ceguera. Alberto se levantó del sofá y se acercó al ventanal. “Que otoño desgraciado”, dijo, “¿Te fijaste?” La pregunta era para ella.

“No”, respondió José Claudio. “Fijate vos por mí.”

40 Alberto la miró. Durante el silencio, se sonrieron. Al margen de José Claudio, y sin embargo, a propósito de él. De pronto Mariana supo que se había puesto linda. Siempre que miraba a Alberto se ponía linda. Él se lo había dicho por primera vez la noche del 23 de abril del año pasado, hacía exactamente un año y un día: una noche en que José Claudio le había gritado cosas muy feas, y ella había llorado durante horas, es  
45 decir, hasta que había encontrado el hombro de Alberto y se había sentido comprendida y segura. “Gracias”, había dicho entonces. Y todavía ahora la palabra llegaba a sus labios directamente desde su corazón, sin razonamientos intermediarios, sin usura. Para ella, querer había sido siempre un poco agradecer y otro poco provocar la gratitud. A José Claudio, en los buenos tiempos, le había agradecido que él, tan  
50 brillante, tan lúcido, tan sagaz, se hubiera fijado en ella, tan insignificante. Había fallado en lo otro, y había fallado incluso en la ocasión más absurdamente favorable, es decir, cuando él parecía necesitarla más.

A Alberto, en cambio, le agradecía la generosidad de ese primer socorro que la había salvado de su propio caos. Por su parte, ella había provocado su gratitud, claro  
55 que sí. Porque Alberto era un alma tranquila, un fanático del equilibrio, pero también, y en definitiva, un solitario. Durante años y años, Alberto y ella habían mantenido una relación superficialmente cariñosa, que se detenía con espontánea discreción en los umbrales del tuteo y sólo en contadas ocasiones dejaba entrever una solidaridad algo más profunda. Cuando Mariana había recurrido a Alberto en busca de apoyo, había tenido de inmediato la certidumbre de que a su vez estaba protegiendo a su protector.  
60 Por eso, justamente, había provocado su gratitud que fue pronto desbordada. Al comienzo fueron sólo palabras, pocos días después, los encuentros furtivos menudearon.

“Ahora sí podés calentar el café”, dijo José Claudio, y Mariana se inclinó sobre la  
65 mesita ratona para encender el mecherito. Por un momento se distrajo contemplando los pocillos. Sólo había traído tres, uno de cada color. Le gustaba verlos así, formando un triángulo.

Después se echó hacia atrás en el sofá y su nuca encontró lo que esperaba: la mano cálida de Alberto, ya ahuecada para recibirla. Qué delicia, Dios mío. La mano empezó  
70 a moverse suavemente y los dedos largos se introdujeron por entre el pelo. La primera vez que Alberto se había animado a hacerlo, Mariana se había sentido terriblemente inquieta. Ahora no. Ahora estaba tranquila y podía disfrutar. Le parecía que la ceguera de José Claudio era una especie de protección divina.

Sentado frente a ellos, José Claudio respiraba normalmente, casi con beatitud.  
75 Como todas las tardes, la mano acarició el pescuezo, rozó apenas la oreja derecha, recorrió lentamente la mejilla y el mentón. Finalmente se detuvo sobre los labios entreabiertos. Entonces ella, una vez más, besó silenciosamente aquella palma y cerró por un instante los ojos. Cuando los abrió, el rostro de José Claudio era el mismo. Ajeno, reservado, distante. Para ella, sin embargo, ese momento incluía siempre un

80   temor que no tenía razón de ser, ya que en el ejercicio de esa caricia púdica, riesgosa, insolente, ambos habían llegado a una técnica tan perfecta como silenciosa.

      “No lo dejes hervir”, dijo José Claudio.

85   Mariana apagó el mechero y llenó los pocillos directamente desde la cafetera. Todos los días cambiaba la distribución de los colores. Hoy sería el verde para José Claudio, el negro para Alberto, el rojo para ella. Tomó el pocillo verde para alcanzárselo a su marido, pero antes de dejarlo en sus manos, se encontró con la extraña, apretada sonrisa. Se encontró, además, con unas palabras que sonaban más o menos así: “No, querida. Hoy quiero tomar en el pocillo rojo.”

**Responda las siguientes preguntas redondeando la opción correcta.**

- 1) Al comienzo del cuento, José Claudio se ubica:
  - a. Detrás de Alberto.
  - b. A la izquierda del encendedor.
  - c. A la derecha del encendedor.
  - d. En el sofá que está al lado de Alberto.
- 2) La frase “había tenido de inmediato la certidumbre de que a su vez estaba protegiendo a su protector” subrayada en las líneas 59-60 significa:
  - a. Que Mariana estaba protegiendo a José Claudio, que siempre la había protegido.
  - b. Que Alberto contribuía a cuidar a José Claudio y por extensión también a Mariana.
  - c. Que Mariana protegía a Alberto y este, a su vez, cuidaba de ella.
  - d. Que Alberto cuidaba a Mariana y por extensión también a José Claudio.
- 3) ¿Por qué Mariana ya no se sentía terriblemente inquieta frente a la caricia de Alberto?
  - a. Porque, a diferencia de la primera vez, ya nadie podía verlos.
  - b. Porque ya nadie se sentía molesto por la caricia.
  - c. Porque con el tiempo comprobó que nadie más que ellos dos notaba la caricia.
  - d. Porque Mariana se había convertido en una persona menos inquieta.
- 4) La frase “Estoy podrido de mi notable salud sin ojos” subrayada en las líneas 26-27 podría reemplazarse por:
  - a. Estoy cansado de estar enfermo.
  - b. Me cansé de que se note que, a pesar de estar sano, no puedo ver.
  - c. Estoy cansado de que me digan que estoy sano cuando me duelen los ojos.
  - d. Me cansé de que me digan que estoy sano a pesar de no poder ver.
- 5) ¿Qué significa que Mariana tuvo “un discreto rasgo de independencia” como se indica en la línea 4?
  - a. Que le comunicó amablemente a Enriqueta que no seguiría su consejo.
  - b. Que siguió el consejo de Enriqueta, pero con algunas diferencias.
  - c. Que no siguió el consejo de Enriqueta pero tampoco lo discutió.
  - d. Que no siguió el consejo de Enriqueta y lo criticó de manera no frontal.
- 6) Teniendo en cuenta toda la información contenida en el texto: ¿Qué personaje es no vidente?
  - a. Mariana.
  - b. Alberto.
  - c. José Claudio.
  - d. Ninguno de los anteriores.
- 7) La frase “Había fallado en lo otro” subrayada en las líneas 50-51, refiere a que:
  - a. Mariana no pudo ayudar a José Claudio cuando él la necesitaba.
  - b. Mariana no pudo provocar la gratitud de José Claudio.
  - c. Mariana no pudo agradecer la generosidad de José Claudio.
  - d. Mariana no pudo comunicarse directamente desde su corazón.

- 8) La frase “sólo en contadas ocasiones dejaba entrever una solidaridad algo más profunda” subrayada en las líneas 58-59 significa:
- Que la solidaridad casi nunca se ve a simple vista.
  - Que había entre ellos una solidaridad que, por mesura, no terminaba de manifestarse.
  - Que eran solidarios sólo por compromiso.
  - Que la solidaridad entre Alberto y Mariana era más profunda que entre Mariana y José Claudio.
- 9) ¿De qué color es el plato sobre el que se apoya el pocillo de café que Mariana prepara para Alberto?
- Negro.
  - Rojo.
  - Verde.
  - No es posible saberlo.
- 10) Para responder la pregunta anterior tuviste que:
- Comprender qué simbolizan los platos de los pocillos.
  - Entender el sentido general del texto.
  - Atenerte estrictamente a lo que está escrito para evitar confusiones.
  - Integrar información puntual que está distribuida en distintos lugares del texto.
- 11) Habiendo leído todo el texto ¿Por qué creés que José Claudio no va al médico?
- Porque le resulta difícil trasladarse.
  - Porque no quiere recibir malas noticias.
  - Porque no tiene ningún problema de salud.
  - Porque el médico no puede solucionar su problema de salud.
- 12) La frase “La primera vez que Alberto se había animado a hacerlo” subrayada en las líneas 70-71 refiere a algo que sucedió:
- Hace menos de un año.
  - Cuando José Claudio todavía veía.
  - Hace una semana.
  - Hace más de un año.
- 13) ¿Qué información NO es fundamental para comprender el texto?
- Que los pocillos son de diferentes colores.
  - Que José Claudio y Mariana son cónyuges y su vínculo está deteriorado.
  - Que Mariana cambiaba la distribución de colores de los pocillos con una frecuencia diaria.
  - Que Alberto y Mariana piensan que José Claudio no conoce la naturaleza de su relación.